

EL DERECHO A MATAR

Frei Betto

Usted sale rápido de la cama, se viste con premura, sale corriendo para el trabajo. Usted le prometió a la vieja dama inglesa que terminaría antes del almuerzo la revisión completa del sistema calefactor de la vivienda. Ahora es el momento propicio, en pleno verano europeo. Ella no sabe de dónde vino usted. No sabe que llegó de una tierra mucho más caliente, en el Valle del Río Dulce, donde se considera fresco estar a 30 grados a la sombra. Por eso, usted conserva la costumbre de vestir de saco. Puede ser que, al regreso, la temperatura baje y usted no puede correr el riesgo de enfermarse, y por eso perder días de trabajo; de su oficio depende una familia brasileña en el interior de Minas Gerais.

De repente usted escucha un estampido seco, le arde la nuca como si aflorase un tumor en sus hombros, trata de entender qué ocurre -tiempo suficiente para que, todavía de pie, siete tiros le alcancen en la cabeza. Usted cae muerto.

La gentil dama inglesa quedará a la espera del técnico que prometió terminar de revisar la calefacción. Impaciente, le dirá al fondo vacío de su tacita de té, mientras aprieta con sus dedos el asa de porcelana, que tampoco se puede confiar en esos extranjeros, que no quieren trabajar, basta con adelantarles dinero para comprar las piezas de repuesto y ya no se les ve la cara. Aburrída, cansada de esperarlo, la vieja señora enciende la televisión, su compañera de soledad, y ve la noticia del atentado abortado gracias a la habilidad de la policía británica. Antes de que la bomba amarrada al cuerpo fuera explotada los policías dispararon ocho tiros contra la cabeza del terrorista aún no identificado. La gentil señora se siente aliviada, protegida, a pesar de la estafa de aquel joven extranjero, con cara de árabe, que no cumplió la promesa de revisar el sistema de calefacción.

La cara es de árabe y tiene gesto de terrorista. ¿Por qué lleva chaqueta en pleno verano? Fue lo que pensó el oficial al ver aquel sujeto corriendo en dirección al metro, vistiendo una prenda de abrigo en una mañana tropical de Londres. Y su mirada a los compañeros de oficio bastó para sentir que los otros dos también intuyeron el peligro. Y sintieron igualmente el cosquilleo de la abultada recompensa prometida por el jefe de policía a quien evitase un ataque terrorista. Ese tipo no es inglés. Mucho menos escocés o irlandés. Se ve por el rostro que es afgano o saudita. Si no actuamos rápido, en pocos minutos veremos la estación del metro explotando como una mina repleta de dinamita y pedazos de cuerpos desparramados por todas partes.

La vida, los sueños, el amor y el trabajo de Jean Charles de Menezes cesaron en la boca del metro. Siete balas alojadas en el cerebro y una en el hombro. Terrorista matado disparándole a la cabeza. Primero, para no detonar los explosivos atados a su cuerpo. Segundo, para eliminar esa mente diabólica que programa la muerte colectiva de inocentes y sacrifica la propia vida por una causa sin futuro.

Sin futuro, pero no sin pasado. El bienpensar occidental nos acostumbró a encarar los efectos sin preguntarnos por las causas. ¿Qué es lo que hace a Bin Laden y sus compinches tan abominables? Más que sus métodos criminales, es el no tener en sus manos un estado poderoso. Si estuvieran sentados en la elegante silla de un jefe de estado nadie los acusaría de terroristas.

Hemos sido entrenados para tener horror de la acción imprevisible, inesperada, ilegal, que desafía la lógica y desmoraliza todos los diagnósticos estratégicos. Si ellos estuvieran acomodados en un salón oval, dando la señal verde para que dos bombas atómicas fueran arrojadas sobre las tranquilas poblaciones de Hiroshima y Nagasaki, o firmando el decreto que autoriza a la CIA a desestabilizar democracias sudamericanas, a desencadenar la Operación Cóndor, aprisionar, torturar y matar a miles de jóvenes idealistas a quienes les encantan los Beatles y aspiran a inmundo más justo, nadie diría que se trata de terroristas.

¿Han oído hablar de Ahmad Abdullah? Es un muchacho de al-Qaim, pequeña ciudad situada al oeste de Bagdad. Él también salió corriendo por las calles. Venía radiante de la escuela. Llevaba en sus manos el boletín de final de curso. Quería enseñárselo a sus padres, pues había sacado buenas notas y había aprobado. Una bala de mortero disparada por un soldado made in USA le interrumpió los pasos. Le afectó el estómago, el hígado y el páncreas. Una ráfaga de ametralladora hizo ondular sus cabellos lisos, negros, que adquirieron un tono escarlata. Tenía apenas diez años de edad.

Asesinar en Iraq, en Guantánamo, en Afganistán, no es crimen. Es legal, no provoca horror, se tapa con eufemismos que avergüenzan la libertad y la democracia. El derecho de matar goza de la protección cómplice de nuestra omisión, esa extraña ceguera que nos impide abominar también del terrorismo de estado.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos,

información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

